

Lo que sea de cada quien

El último proyecto de Gabriel Figueroa

Vicente Leñero

En un “corte a comer” durante la filmación de *El festín de la loba* —que dirigía Francisco del Villar conmigo como guionista— coincidí con Gabriel Figueroa, el gran fotógrafo de cine: *María Candelaria, La perla, Enamorada, Nazarín...* Mientras don Gabriel cuchareaba su sopa de tortilla me preguntó:

—Si tú ya escribes teatro, ¿por qué aceptas estas películas tan...

—¿Tan truculentas?

—Yo trabajo con Paco porque soy su amigo, ¿pero tú?

—Quiero aprender, don Gabriel.

Lo vi después muchas veces en reuniones de cineastas; me lo encontraba de pronto en la antesala del endocrinólogo Andrés Lisi, y cuando lo festejaron con un gran homenaje en Madrid en 1996, me agradeció la cobertura periodística que se le había hecho en *Proceso* con un regalo espectacular: una foto de 14.5 por 19.5 pulgadas impresa en paladio platinum de un *shot* de *Río escondido*, la película que filmó en el 47 con el Indio Fernández. Traía una generosa dedicatoria escrita a lápiz. La enmarqué.

Don Gabriel ya andaba llegando a los noventa años la noche en que me tomó del antebrazo, durante una reunión tumultuaria, y me condujo a una zona tranquila para platicar a gusto, dijo.

—Tengo un proyecto sensacional para que lo dirija Jorge Fons y tú escribas el guión. Déjame que te lo cuente, es una historia real.

Me la contó.

Se trataba de la aventura de un productor de cine cubano, me parece, metido en no sé qué argüende de negocios oscuros, espionaje, política subterránea, tráfico de drogas... La verdad no le entendí. Don Gabriel conoció personalmente al fulano y es-

taba convencido de que podría hacerse un gran *thriller* de intrigas internacionales.

—¿Qué le parece?

—Muy interesante —le dije aunque me había quedado de a seis.

Nos citó a Jorge Fons y a mí en su estudio, para unos días después.

Me encantaba el estudio de Gabriel Figueroa en su casa de Coyoacán. Era enorme, con una vista privilegiada a los verdes de un jardín extenso. Sobre la chimenea de piedra florecía su colección de arieles ganados en cincuenta años de trabajo por películas en que los directores mexicanos se enorgullecían de haber contado con él, como se enorgullecían también los norteamericanos John Ford, Don Siegel y John Houston. El estudio tenía adosado, al fondo, un pequeño departamento donde alojó años atrás a su amigo B. Traven que ahí dejó libros y cuadros.

Con rigurosa puntualidad Jorge Fons y yo nos apersonamos un mediodía en el

estudio. Don Gabriel continuaba eufórico con su proyecto que él mismo —insistió— se encargaría de poner en marcha de inmediato porque lo apresuraba su vejez.

Con más detalles, con más calma, volvió a contar la historia de aquel legendario productor cubano. Entreveraba en su charla episodios marginales y comentarios que no hacían más que enredar la trama.

Me sorprendió ver que Fons se entusiasmaba. Emitía de continuo exclamaciones de azoro, o de júbilo, y parecía comprender lo que yo, por más atención que ponía, no lograba descifrar en vistas a la estructura de un guión.

—Buenísima historia, don Gabriel —exclamó Fons al terminar.

—¿Le pareció?

—Buenísima.

Cuando el decano de los cinematógrafos mexicanos nos despidió en la puerta de su casa, dijo con una gran sonrisa:

—Pónganse a trabajar ahora mismo y me traen una sinopsis lo más pronto que puedan. Ya lo saben, de la producción yo me encargo.

Mientras echábamos a caminar lentamente por las calles de Coyoacán me vi obligado a confesar a Fons:

—Qué sinopsis puedo hacer de esa historia si no entendí casi nada.

—¿No entendiste?

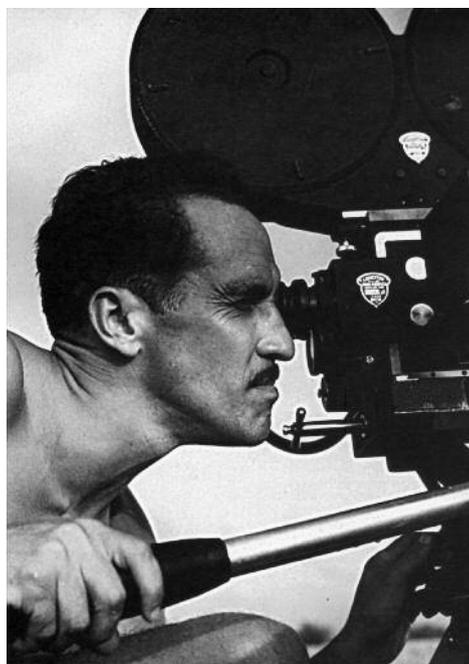
—Ni madres.

—Yo tampoco —dijo Fons.

—Pero si te veías entusiasmado.

—Para no decepcionar al viejo, ya cuánto le falta... Para que se sienta bien, para que tenga un aliciente en sus últimos años.

Jorge Fons tenía razón. Gabriel Figueroa murió algunos meses después, el 27 de abril de 1997 a los ochenta y nueve años. **U**



Gabriel Figueroa filmando *La perla*, 1945